

en sus balbuceos, faltaba mucho tiempo para que Cervantes y sus precursores, y al fin, Lope de Vega, crearan una poesía dramática típicamente española, tanto por su contenido como por su expresión misma.

Cuando Gómez Manrique, en el siglo xv, escribió *La representación del Nacimiento de Nuestro Señor, a instancia de doña María Manrique, Vicaria en el Monasterio de Calazanos, hermana suya*, pieza muy primitiva y elemental, pero de fino colorido, concluyó su obra con un encantador cuadro mariano.

En él, Nuestra Señora, con el Salvador en brazos, entona, acompañada con las demás monjas del convento, una *Canción de cuna para acallar al Niño*, cuyo estribillo inspirador «Calla, hijo mío chiquito, que vuestro dolor durará poquito», sería, sin duda, uno de los que solían cantar a sus hijos las madres castellanas en aquellas tierras de Palencia.

En el *Auto de la Pasión* del salmantino Lucas Fernández—discípulo de Juan del Encina—publicado a comienzos del siglo xvi, y una de las obras más estimables de su autor no aparece en persona la Virgen María, pero nos queda una dramática «Mater Dolorosa», muy hermana, muy realista, como esas tallas policromas de la escultura castellana, al través del relato de la muerte de Cristo que hacen dos de las tres Marías. Véanse estos versos de recio tono popular:

M.<sup>a</sup> MAGDALENA

*”Y después que se allegaban  
al son de aquestos clamores,  
todos con ella lloraban,  
llorando la consolaban  
y ella hablaba con amores:*

*”Mirad ya cuán maltrataron  
a mi Hijo los judíos;*

*pies y manos le clavaron.  
¡Cuál pararon  
los dulces amores mió!  
Mira este cuerpo sagrado  
cómo está lleno de plagas,  
muy herido y desgarrado;  
Todo está descoyuntado:  
¿viste nunca tales llagas?  
Mira qué fiera lanzada,  
que traspasa el corazón,  
¡Oh qué herida tan rasgada!  
¡Ay cuitada,  
sola y sin consolación!”*

M.<sup>a</sup> CLEOFÁS

*De rato en rato besaba  
su helada boca fría;  
pies y manos no olvidaba  
suspiraba y desmayaba  
y con El amortecía,  
sus ojos en El cebando,  
no se hartando de no ver,  
y cien mil gemidos dando  
y llorando  
sin cesar ni fenescer.”*

Del siglo xvi es el curioso auto anónimo *Auto de las donas que envió Adán a Nuestra Señora con San Lázaro*, en el cual la Santísima Virgen, hallándose en una estancia de su casa, como si fuera una dama de su época, con San Lázaro y la Humanidad, se desposa con la Pasión—haciéndose una glosa de cada atributo—para salvar a Adán, representación del hombre. Es muy bella esta relación de la Virgen:

*”¡Aquel que yo, Virgen Madre!,  
sin pecado he concebido;  
aquel maná florecido  
verdadero;  
aquél que hecho Cordero  
a comer hoy se nos dió;*